

Manifiesto de los viandantes

La libertad elemental de andar, de elegir el rumbo de nuestros pasos, la libertad para ir al encuentro de los otros es el fundamento de la vida en común. Las ciudades y los pueblos se han fundado sobre esta libertad. Necesitamos la calle, los caminos, las plazas, el espacio público, para que nos permitan no olvidar que los demás también existen, que los demás no son faros en dirección opuesta ni "protagonistas" de una noticia sino cuerpos y vidas semejantes, esos cuerpos y esas vidas que dan sentido a todos nuestros actos.

Cada hombre, cada mujer, cada anciano y cada niño que sale a la calle está decidiendo no solo la calidad de su vida sino también la calidad de la vida de su entorno. Está afirmando que no cree en el aislamiento ni en el individualismo. Está eligiendo un mundo donde haya espacios comunes. Por el contrario, una existencia únicamente vivida en cajas privadas, en pisos, en coches, en ordenadores y televisiones fomenta la ilusión de que es posible ser feliz en medio de la muerte, en soledad.

Ninguna situación humana es gratuita: cuando se obliga a una mujer mayor a quedarse en su casa porque no puede sortear las aceras altas, los coches mal aparcados, la prisa de los semáforos, se está eligiendo una sociedad injusta con los más débiles. Cuando se convierte la calle en un lugar de grave riesgo físico para los niños y se les fuerza a permanecer aislados en sus casas a la vuelta del colegio, se está negando el aprendizaje de lo comunitario. Los peatones no estamos dispuestos a aceptarlo. No nos parece justo ni bueno que no haya espacios públicos para la calma, que sea imposible caminar con tranquilidad en unas calles invadidas por el estruendo, por la hostilidad.

A través de la asociación A PIE los peatones hemos decidido tomar la palabra y, mediante un conjunto articulado de denuncias, actividades y propuestas, pasar a la acción. Queremos que nos devuelvan el espacio que un día fue de todos, el espacio que un día fue común. La realidad no es algo que esté dado. La realidad, tal como la estamos viviendo, es el fruto de un fluido constante de decisiones. No hay edificio ni calle ni acera que no haya sido decidido por alguien. La realidad se construye y si los peatones permanecemos callados, si permanecemos inmóviles, serán otros los que perseveren en el diseño de un mundo que niegue la equidad, que niegue los espacios comunes, que busque solo la satisfacción de unos intereses particulares. El interés del peatón es siempre el interés general, porque el peatón no tiene nada que sea suyo. La acera de un peatón es la acera de todos los ciudadanos. El peatón no es ruidoso ni insolente, no amenaza, no atropella. El peatón no bloquea las esquinas, no pudre la atmósfera, la energía del peatón es renovable.

Hoy, a finales del siglo XX, la situación de acoso que viven los peatones está llegando al límite. Y acosar al peatón significa poner en peligro la última oportunidad que tienen las ciudades de ser lugares de intercambio y de contacto, lugares donde no parezca locura querer vivir una vida buena, lugares donde aun tenga sentido el proyecto de construir una comunidad justa y prudente.

La asociación A PIE quiere defender ese proyecto y para ello proclama la libertad de andar de las personas, porque sabe que la libertad de andar es el punto de partida irrenunciable de nuestro derecho a elegir por qué camino y hacia dónde vamos.

